

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LIBERTAD CRITICA EL MEJOR FUTURO

EN un jugoso y reciente artículo de Emilio Romero se diseña la dialéctica imperante relativa al porvenir nacional con este planteamiento: «Si España ha prosperado de un modo evidente en el orden económico, cultural y social en estos últimos treinta años, ¿para qué cambiar, ni modificar nada del sistema establecido?» En la respuesta acertada a este insuperable teorema estaría, al parecer, la clave del porvenir.

¿Pero el planteamiento es realmente este? ¿O más bien pensar que a un país nuevo, con demografía joven mayoritaria, estratos sociológicos y culturales enteramente diferentes de los de hace tres décadas, se le puede aplicar una técnica gubernativa y administrativa que no tenga bien en cuenta la voz y el voto de esos sectores dinámicos y masivos que forman la España de los años setenta? A mi parecer, la nación de hoy, alfabeta; económicamente, en desarrollo; socialmente, con sensibilizada conciencia, necesita una gran reforma de sus estructuras, realizada por vía evolutiva, pacífica y legal. Y esa modificación no debe hacerse, ni buscarse, solamente para homologar nuestros sistemas con el de la C. E. E. —aunque evidentemente ello favoreciese la negociación integradora de un modo decisivo—, sino porque así conviene al interés de España. Si no existiesen ni Bruselas, ni los «Diez», yo seguiría propugnando para nuestro país una versión democrática, con libertades bien garantizadas, del conjunto institucional presente. Y ello porque la filosofía básica del orden político que preside la vida de un pueblo debe, a mi modo de ver, apoyarse en el consenso de los individuos, en la responsabilidad libre de los ciudadanos, en el ejercicio cotidiano y efectivo de su participación en la cosa pública que, como tal, pertenece e interesa a todos.

Hacer de la España política actual un Estado que se nutra de la sustancia de una opinión libre es la gran tarea que incumbe a las generaciones que hoy llegan a su madurez. Y hacerlo en forma que nada se rompa, y todo lo que sea necesario se transforme, es el programa que con imaginación y realismo tendría mayor atractivo para los españoles de menos de cuarenta años, es decir, para la mayoría. Olvidarse de ello y meter en el saco de una hipotética subversión a cuantos estamentos se muevan en una dinámica que tienda al cambio y la modificación del «statu-quo» presente sería, a mi juicio, un grave error de largo alcance y negativas consecuencias.

El pensamiento conservador en sus más retrógradas ver-

siones tiende a demostrar que nunca las cosas estuvieron tan bien —para algunos, se entiende— y que entonces ¿para qué cambiar? «They never had it so good» dicen las ultraderechas de Europa o de Norteamérica, refiriéndose a los otros grupos o clases sociales que no predominan en el sistema político. «Nunca lo pasaron mejor.» Nunca dispusieron de tantos bienes de uso y consumo. ¿De qué se quejan? Esta afirmación paternalista de corte arcaico también se aplica —huelga decirlo— a los jóvenes contestatarios de familia pudiente. Es curioso observar que ese argumento, puramente materialista, lo emplea dialécticamente la burguesía en sus estratos más energuménicos, alternando con apelaciones patéticas al moralismo espiritualista. ¡Curiosa contradicción en un mundo de contradicciones a todos los niveles!

El inmovilismo cree —y finge creer— que posee la verdad política. En realidad lo que posee es una sustanciosa —y en muchos aspectos, respetable— cadena de intereses privados, entreverados, como ocurre en el neocapitalismo, con sectores del interés público. Esa simbiosis puede ser útil en algunos aspectos para el progreso material colectivo —además de serlo para el privado— y de esa imbricación se beneficia, evidentemente, el desarrollo económico de un país, hablando en general. Pero a la larga, no sirve de base a una situación estable. A un país en evolución no se le puede satisfacer con una rígida concatenación de intereses establecidos, solamente. Sería tanto como ignorar la vida.

Otra tesis socorrida es la que utilizan las oligarquías ancladas en su prosperidad, que tratan de evitar la participación democrática de la sociedad —en la que, en definitiva, debe residir la soberanía—, haciendo demagogia en vacío. Es decir, dirigiéndose a un imaginario público de estamentos o clases de inferior nivel, para ofrecerles paternalismo social, mejorando los salarios o los convenios o la seguridad. Oí decir cierta vez a uno de estos individuos, la siguiente frase explicadora: «En materia de "participación", ese concepto del que tanto se habla, prefiero siempre que sea una participación en los beneficios que una participación activa en las decisiones.» Y él hablaba de la empresa, del negocio privado. ¡Figúrese lo que pensaría de que nadie, de veras, participase en la decisión del negocio público! Y sin embargo, en ese eslabón está la clave del problema. ¿Se quiere o no se quiere que la soberanía resida en la colectividad? ¿Se quiere o no se quiere que los ciu-

dadanos se eduquen para tomar parte con libre responsabilidad en las orientaciones del poder público, sea al nivel que sea?

Creo que una gran parte de la desorientación nacional presente se origina en la falta de sinceridad con que se exponen las posiciones respectivas. Hay, en efecto, un sector importante, no sé si numéricamente, pero sí estratégicamente, que de veras no desea que la soberanía resida en la comunidad. Que le tiene miedo a la opinión libremente expresada. Que no cree en la aptitud del indígena para autogobernarse. Que considera nefasto el pensamiento independiente; peligrosa la evolución del mundo; nocivo el consenso democrático como base de la orientación pública; subversiva, toda manifestación o tendencia al cambio o a la transformación que apunte en cualquier estamento social o profesional. Y para el que lo establecido, aun en sus detalles más ocasionales, se transforma en dogma definitivo, inatacable, flanqueado de amenazas legales. Con el riesgo, por supuesto, de caer en el infierno de la «traición», como antes caían, durante los periodos teocráticos, los discrepantes, en el común anatema de la herejía, calificativo que se aplicaba a los que no poseían la verdad o la interpretaban de otro modo.

De ahí a pasar a la doctrina malequita que estos días hemos visto mencionada en algún discurso oficial en Marruecos, sólo hay un breve trecho: Un país se compone de miembros sanos y partes enfermas. Si es preciso sacrificar el tercio infectado para que se salve el resto, no hay que vacilar en hacerlo. Doctrina que, además de los malequitas, emplearon Stalin, Hitler, y Mao Tsé-tung, entre otros, no hace muchos años, con distintas versiones en cuanto a lo que habría que sacrificar y a lo que había que conservar.

Y es que, puestos a analizar, sería difícil calificar con acierto lo que en una nación está enfermo y lo que está sano; lo que es patológico y lo que es biológico; lo que hay que mantener o hay que suprimir. ¡Y es tan fácil la tentación de llamar locos y encerrar en un sanatorio psiquiátrico —como en el caso de la Unión Soviética— a quienes mantienen la libertad crítica de su pensamiento frente al lavado mental cotidiano que imponen a sus compatriotas los poseedores infalibles de la verdad!

José María de AREILZA

TIEMPO PASADO LA CALIDAD DE LA VIDA

OBSERVO que ahora se habla mucho de «la calidad de la vida». Y, desde luego, se habla de «la calidad de la vida» para hacernos creer que se está degradando. El asunto, más o menos, sería éste: las indiscutibles ventajas que el progreso tecnológico ha introducido en nuestra «vida», empiezan a convertirse en desventajas, y, de hecho, corremos el riesgo de «vivir» peor que nunca, si es que ya no estamos en ello. Los que sostienen una tesis tan lúgubre, sociólogos o moralistas de alto copete, suelen alegar evidencias fragorosas. Según las inclinaciones de cada cual, el dato argüido presenta una solemnidad mayor o menor: hay quien pone el grito en el cielo ante la contaminación de la atmósfera; otros prefieren lamentarse de la fascinación que los «mass media» ejercen sobre las muchedumbres actuales; no faltan los que señalan el incremento agobiador de basuras y ruidos, ni los que invocan la injuriosa frialdad en que se destruye la convivencia familiar o vecinal; lo de la sumisión a la máquina, despiadada y ácida, cuenta ya con una bella tradición de jeremiadas literarias y cinematográficas; y hasta existen los quejicas de la comida industrial y rápida, que predomina en todas partes... La «vida», globalmente considerada, pierde «calidad», en efecto.

Así lo afirman. Y costaría trabajo negar la exactitud de las acusaciones. Todo lo que se denuncia, bien mirado, es cierto. He puesto unos ejemplos, pero me he quedado corto. Sin embargo... No sé evitar algunos recelos, lo reconozco. Por este canal de notificaciones pesimistas se está colando, sin ir más lejos, el eterno prejuicio de que «cualquiera tiempo pasado fue mejor». Abunda la gente que añora el «tiempo pasado». Siempre abundó. Se trata de una gente muy determinada, por supuesto, y su nostalgia sólo resulta explicable a partir de intereses creados, rutinas torvas y trucos ambiciosos, tremendamente diáfanos. Uno nunca acaba de estar seguro de si por boca del funcionario Mansholdt se expresa un criterio objetivo, o si quizá vocea extrañas reticencias político-económicas. En todo caso, algo turbio se interpone. Y de la confusión surge —en parte, al menos— la idea «idilica» de eso que, para entendernos, llamamos «tiempo pasado». Se describe o insinúa un «antes» glorioso: con el aire limpio

y saludable, con un fondo musical de ruiseñores y balidos, con labores manuales de base independiente y autorrealizadora, con enormes filetes en la mesa o, si más no, una sopa densa y abacial, y, claro está, sin coacciones alienantes de tipo ideológico. Sin duda, la «calidad de la vida» consiste en tales cosas, ya que estas cosas son lo que se evapora.

Deberíamos preguntarnos si la «vida» de «antes» era de tan buena «calidad». En principio, me inclinaria a poner en discusión el concepto mismo de «calidad» aplicado a algo tan complejo, ambiguo y cambiante como es la «vida». En realidad, este escrúpulo nos coloca en el terreno estricto de la «historia», con todo su relativismo. La «vida» de hoy no es nada del otro jueves: aceptado. Pero, ¿y la «vida» de «antes», de cualquier «antes»? No será imprescindible remontarnos a las cavernas, porque haríamos trampa. Pensemos, sencillamente, en los abuelitos agropecuarios. Ellos respiraban como Dios manda, y comían pollos de veras, y estaban exentos del televisor: vivían felices. Incluso sus accidentes de carretera eran leves y espaciados. El contraste salta a la vista, y los partidarios del «freno» —casi nadie se atreve a postular el «retroceso»— lo aprovechan. Ni se abstienen de aludir a la bomba atómica y a todo eso, si conviene a su juego. En cambio, se escamotea lo demás, que es mucho y muy importante: epidemias feroces, hambre general, precariedad de las comodidades, inquisiciones alertadas, caminos difíciles, jornales de oprobio, y pongamos un etcétera largo. Todavía tres cuartas partes, o casi, de los habitantes de este distinguido planeta que es el nuestro, «viven» así.

¿Era una «vida de calidad», aquella? ¿Lo es, la de las muchedumbres que vegetan en el Tercer Mundo? Ni siquiera los sátrapas más egregios escapaban a la miseria: siempre que se tocan estos temas, se me ocurre imaginar lo que pudo ser un miserable dolor de muelas para Nerón, para Carlomagno, para Felipe II, para Napoleón, para la reina Victoria. La aspirina constituye un argumento sólido frente a las veleidades «pasatistas». Y a ello voy a parar: también la odiosa «vida» que nos proporciona la civilización tecnológica tiene su «calidad». La «calidad» de la aspirina, si vale el emblema

expeditivo. Que no es poca cosa, por cierto. Porque, tras la aspirina, se alinean otras obviaciones: el teléfono y el libro de bolsillo, el tractor y los discos de Vivaldi o las cintas magnetofónicas de John Cage, y la cibernética y sus aplicaciones, y las adorables ilusiones de la terapéutica al uso y la que se anuncia, y todo lo que ustedes saben y más todavía. No sostengo, ni mucho menos, que vivamos en el mejor de los mundos posibles. Dejémoslos de tonterías. Me limito a subrayar unos beneficios obvios. Cuyo precio pagamos, por descontado: con la renuncia a otras «calidades». El planteamiento justo sería sopesar el pro y el contra, y ver qué saldo sacamos. La operación, por lo demás, sería superflua: la situación parece irreversible. Guste o no.

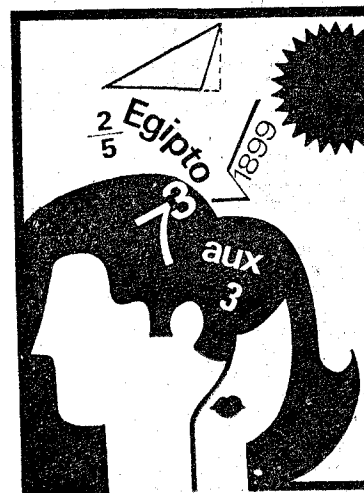
Sea como fuere, me resisto a callarme unas últimas sospechas. El baremo de «calidad de vida», ni antes ni ahora, no deja de ser una fantasmagoría. Dentro de una «sociedad», la «vida» y sus «calidades» nunca es igual: unas personas se lo pasan mejor que otras, quiero decir. Me he referido a los sátrapas: era una manera de señalar con el dedo. Unos ciudadanos muy concretos disponen de recursos juveniles, y les sacan el correspondiente rendimiento. En el «tiempo pasado», todos sufrían la amenaza de la peste o de la viruela, todos soportaban el hedor doméstico —«polución de la atmósfera», al fin y al cabo— del candil o del velón y de la falta de waters —más discreto no lo puedo decir—, todos aguantaban las inclemencias de la chinche, del polvo, del frío. Pero algunos individuos disfrutaban de mayores afectos: en el menú, en los vestidos, en los transportes, en el ocio. La mayoría se fastidiaba: llevaba una vida sin «calidad». Sin ambages: llevaba una vida de perros. Esa fastuosa alusión a «la calidad de la vida» de nuestros «ancêtres», que manipulan los ensayistas doctos, es una tomadura de pelo, estadísticamente hablando. Irritante, por otro lado.

Se comprende que «ellos» la tomen en serio. Pertenece a su autobiografía. La divertida patulea de doctrinarios de las «ciencias —ciencias— sociales», suele reclutarse fundamentalmente entre los hijos de una clase media bien educada y bien alimentada. En su infancia, go-

zaron de una cocina regular, de una pequeña biblioteca selecta, de unas habitaciones templadas, y hasta de un piano que tocaba la mamá, la tía o la hermana. Esto, aquí, y en toda Europa, y en las más finas circunscripciones electorales de Norteamérica. Y, si acaso no coincide el «pedigree» con el «status» tópicos, subsiste la hipnosis de un esquema de «vida» —de «calidad de vida»— que dichos señores, catedráticos, economistas, sociólogos, desearían haber compartido. La fauna en cuestión se aferra a una «calidad de vida» arcaica y privilegiada. Es natural que sienta asco ante la otra «calidad», democratizada y vulgar. Porque eso sí que es un tanto a favor de la etapa tecnológica —y será una hipocresía añadirle calificativos como «sociedad de consumo», «neocapitalismo», «socialismo revisionista», «pseudosocialismo»: los pequeños trucos favorables están al alcance de más vecinos. No de todos, pero de un «más» notorio. Los sobrevenidos a las modestas afabilidades de que hablo proceden de la indigencia absoluta...

Proceden de una «vida» sin «calidad». Esto es decisivo. Cuando las «élites» del runruneo socio-metafísico protestan de que «La vida» —¿la de quién?— pierde «calidad» —¿cuál?—, cometen un grotesco pecado de idiotez. Es lo menos que se puede decir, empleando las máximas cautelares éticas y semánticas... Otra rama del asunto sería el de que, para que la ciudadanía subalterna coma pollo de granja o conservas baratas cada día, y se vacune periódicamente, y tenga en casa una ducha o un transistor, y aspire al cochecito, y llegue a una edad agradablemente proveyta, y se arrime a una estufa de butano, y todas esas pequeñeces haya que abusar de la naturaleza. La «naturaleza» es el banco de energía con que contamos: minas, bestias, cultivos, charcos de petróleo, «materias primas» que decíamos en mis tiempos. La teoría de los alarmistas es que, si continúa el «despilfarro», dentro de cuatro días no habrá manera ni de «sobrevivir», «calidades» aparte. Es posible que sí. Pero éste es otro embrollo, que pide comentario especial...

Joan FUSTER

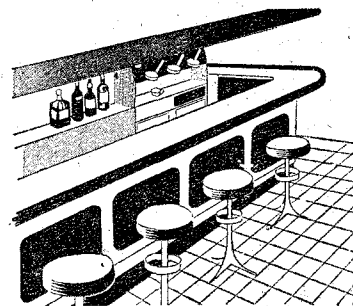


I.C.E.J. INSTITUTO DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y JURÍDICAS

BACHILLERATO C.O.U. Reconocido oficial INGRESO A LA UNIVERSIDAD mayores 25 años GRADUADO ESCOLAR equivalente a bachiller elemental

Matrícula abierta próximo curso 1972-73 ENS. MEDIA: Valencia, 231, entlo. 2.ª (entre Rambla Cataluña y Balmes). Tel. 215-28-76 FACULTADES: Edificio La Pedrera - Provenza, 261, cuarto, segunda. Tel. 215-61-33

BARRAS PARA BAR DE ACERO INOXIDABLE DESDE 7800 P. METRO



INSTALACION Y MONTAJE DE TODA CLASE DE ESTABLECIMIENTOS DEL RAMO DE HOSTELERIA Y ALIMENTACION

PROYECTOS EN 48 H.

FACILIDADES DE PAGO *

COMERCIAL MARBA

EXP. Y VENTA: BURDEOS, 35 · TELEF. 239 11 36

ARMARIOS FRIGORIFICOS · CAMARAS · BOTELLEROS · VITRINAS · ETC.